

## CARISMA DE SANTA BEATRIZ

En esta plática, vamos a tomar conciencia de lo que es un carisma en la Iglesia y de la obligación que tenemos de recuperar nuestra historia como concepcionistas, que ha de acrecentar nuestro camino hacia Dios, nuestra búsqueda y ansia de Dios, de su experiencia divina e inserción en él, de seguir el espíritu los miembros que pertenecen a la Orden o Instituto que ha nacido de él. En nuestro caso, del carisma que el Espíritu Santo infundió en nuestra Madre Santa Beatriz, y de nuestra fidelidad en prolongarlo en la Iglesia.

### **1.º Carisma de nuestra Madre o experiencia religiosa.**

Según la teología de la vida religiosa, la experiencia del fundador o fundadora es una vocación carismática o experiencia de algún modo mística, por la cual ellos son simultáneamente introducidos, en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Es una aceptación, una captación del signo de los tiempos, una visión profética por la cual ven la historia presente de la Iglesia bajo la luz de la historia de la salvación.

El aspecto del misterio de Cristo y de la Iglesia en el cual ellos son introducidos, mejor dicho, se sienten introducidos, es simultáneamente el aspecto de Cristo y de la Iglesia más urgente y necesario para aquel tiempo concreto. Es una experiencia religiosa y una misión a realizar.

Cuán amable, clara y urgente para aquellos tiempos en que vivió nuestra Madre fue su experiencia religiosa, se nos manifiesta a lo largo de su vida.

Según la tradición, comienza cuando recibió la visita de la Madre de Dios en el cofre histórico destinado a ahogar su inocente vida. Ella, al sentir cercano su fin, si no intervenía la acción divina, suplica la misma, por medio de María, ofreciendo espontáneamente su pureza virginal a su Reina Inmaculada

Es aquí donde aparece en toda su belleza y plenitud el carisma propio de nuestra Madre Santa Beatriz y su experiencia religiosa, germen de la Orden Concepcionista. María se le manifiesta radiante de amor y ternura envuelta en su pureza inmaculada, significándola en su ropaje, llevando en sus brazos benditos al dulce fruto de su vientre, Jesús.

Precisamente en una época en que la degradación había entrado en la Iglesia de forma escandalosa, fue una época terrible, -incluso pocos sacerdotes vivían la castidad-.

Beatriz, en ese momento, queda arrobada al experimentar simultáneamente en su alma la cercanía de Dios por y en brazos de su Madre, y la pureza Inmaculada de la llena de gracia, y entendió cómo debería influir en el mundo en que ella vivía esta santidad de María Inmaculada.

Ahora Beatriz ya sabe que María es Inmaculada en su Concepción porque la ha experimentado así en su alma. Y escucha al propio tiempo por medio de María el deseo divino de que se perpetúe y cante en el tiempo su pureza inmaculada por medio de una Orden. De este modo queda fecundada su castidad virginal que antes ofreciera a María, e iniciada su misión en la Iglesia.

Por ello bien podemos afirmar, sin temor a equivocación, que fue Dios por medio de nuestra Madre Inmaculada el agente principal que concurrió en el alma de nuestra Madre Santa Beatriz a la generación de la Orden Concepcionista.

Por medio de María, Santa Beatriz conoció a Dios y en la luz de Dios descubrió la significación de su tiempo, lo urgente que era avivar el culto a nuestra Madre Inmaculada, extender su espiritualidad en un mundo que se asfixiaba en el pecado; y así quedó su alma fecundada para una maternidad espiritual.

Y sin duda que fue la divina providencia, por los medios que fuesen, quien guió a nuestra Madre al Monasterio del Cister; ella que fue la que recibió la misión encontró el ambiente adecuado que le ayudó a gestar la mística semilla que Dios por libre voluntad y sólo por medio de María había depositado en su alma hasta que llegara el día de alumbrarla, que fue, según se cree, por una nueva intervención de la Madre de Dios, dando así principio a la Orden Concepcionista.

Tenemos por tanto, hermanas, aquí, el carisma o espíritu mariano concepcionista propio de nuestra Madre Santa Beatriz, espíritu de paraíso, espíritu de la sin pecado, enmarcado en la forma de vida del monacato que ella más tarde determinó pidiendo al Papa para la Orden que fundaba la Regla del Cister.

Esto está muy claro, pero ahora nos queda por concretar cómo hizo vida ella con su comportamiento este espíritu y carisma mariano, cómo lo elaboró en su alma y lo expresó en su comportamiento.

Lo tenemos expuesto en el proceso de su canonización del que extraeremos las siguientes virtudes y forma de vida, y con ello pasamos al segundo momento del alumbramiento de la Orden.

## **2.º Su vida, sus virtudes.**

Unos 20 años tenía nuestra Madre Santa Beatriz cuando traspasó los umbrales del Monasterio, la paz del claustro invadió de gozo su corazón y comenzó a aprender la ciencia de la entrega a Dios; comenzó a vivir su fe en la palabra de Dios.

Y comenzó a hacerlo, llevando a cabo el despojo total en su voluntad y persona que incluyó la modestia en el vestir despojándose de sus ricos vestidos, que en aquella época equivalía a una fortuna cada atuendo de una dama. Así lo transmite la historia. Y de hecho así se representa a Doña Teresa Henríquez llamada "La loca del Sacramento" y muy amante de nuestra Orden, con el vestido lleno de joyas.

El proceso de canonización dice que no correspondía a su condición de dama de la corte y a su ascendencia real el modo de vestir, sino que llevaba un vestido modesto en sumo grado y ordinario.

También a su mente hizo Dios que llegase su afán de despojarse del hombre viejo, que hemos venido tratando, y así desarraigó de ella sus categorías de persona noble, poniéndose al nivel de las hermanas más humildes a las que trataba con dulzura y delicadeza, ejercitándose humildemente con ellas en conversaciones afables y cariñosas. Nos lo dice el proceso. Es auténtico. Todo lo que decimos de ella es auténtico.

A los alimentos también hizo descender su renuncia privándose de gustos y ateniéndose a una alimentación sobria y mortificada.

Y completó su propósito de entrega total al Señor cubriéndose el rostro con un velo, de por vida, para en adelante ser vista sólo de su Esposo Jesucristo.

Así, con estas disposiciones, comenzó a prepararse para ser fundadora, Madre espiritual. Comenzó a aprender a ser monja. Ella sabía bien, porque estaba iluminada por la Santísima Virgen, que cuando nos ponemos a buscar a Dios hay que despojarse de todo. Lo había aprendido de María cuando ella le mostró en sus brazos el origen de la santidad, su Hijo. Para encontrarle o alcanzarle, entendió que había que arrancar de un deseo profundo de santidad y posponerlo todo, y entregarse entera, y perderlo todo. Porque a Dios hay que darle el valor que tiene.

Así, nuestra Madre Santa Beatriz puso todo su ser en ello. Fue el amor quien la impulsó. Le buscaba para conocerle, le buscaba porque se sentía conocida por Él; le necesitaba. En él descubría el misterio de su vida, el misterio de su amor a él; también el de su pecado, el de su deseo de liberarse de su tendencia al mal; el de su ansia de santidad y eternidad.

Y descubrió también la necesidad del silencio en su alma, la necesidad de vivir la soledad ante el misterio de Dios para penetrar en su profundidad.

En los largos años de permanencia en el Monasterio en pura fe, sin vislumbrar ningún atisbo del cumplimiento de la promesa de María Inmaculada, nuestra Madre, como Abrahán, alcanzó el acrisolamiento de su fe y allí, en pleno desierto, empezó a intuir que el desierto nunca está vacío, -como decíamos en la plática de la Oración-, sino que siempre está invadido de Dios. Por ello suspiraba por su Dios, como la cierva herida por las corrientes de agua; y se sometía con dulzura al desarraigo que esto supone y que Dios mismo estaba llevando a cabo en su alma.

Figuraos que nuestra Madre se enfrentase con la situación que vivió: treinta años en pura fe. Y sin duda que Dios la llevó por el desierto para prepararla, para abrir en su alma senos inmensos. Daos cuenta, pensad si ella se hubiese opuesto a este plan de Dios sobre ella... ¿qué hubiera sucedido?... Se habría perdido una Orden en la Iglesia...

Tenemos que pensar: y de nosotras ¿qué puede suceder si nos enfrentamos, si no aceptamos lo que Dios dispone de nosotras? ¿qué sabemos para qué Dios nos ha traído al Monasterio? ¿qué alcance en la Iglesia puede tener nuestra entrega a Dios si la vivimos bien?

Y así ella, nuestra Madre, se sometió a la privación de razonamientos humanos ante la inactividad con que corría su vida en la larga espera de la fundación de la Orden. Se sometía a la privación de mediaciones humanas, de apoyo para conseguirlo. Nadie le ayudó entonces. Y acogía con amor el desierto, la soledad, la aridez, el vacío de la celda, ella tan gallarda, delicada y celebrada mujer en España. Y así por espacio de treinta largos años.

Y cuando Dios la encontró en soledad plena, se consumó el encuentro, vino la fecundidad que deseaba: la fundación de la Orden.

Éste fue el proceso de liberación propia que asumió Santa Beatriz desde el momento en que se determinó a dejar el palacio y venirse a Toledo al Monasterio, haciendo el olvido de su sangre real y nobleza. Vivió la fe, y por eso la Iglesia parangona su fe con la fe de Abrahán, nada menos. Lo tenemos en el Oficio de lectura de la Santa:

Amor y fe de Abraham,  
fe y amor de Beatriz:  
los hijos de tal raíz  
amados de Dios serán.

Abraham dejó su casa,  
y Beatriz, su palacio:  
con Dios no andemos despacio,  
entreguémonos sin tasa.

Abraham y Beatriz  
vivieron del sacrificio:  
en ofrendarse está el quicio  
de abrirse libre y feliz.

Hijos en la noche bella  
a Abraham promete Dios:  
un cielo blanco va en pos  
de Beatriz y su estrella.

### **3ª Su oración.**

Y este desarraigo de las cosas y de su persona, interna y externamente, la introdujo al fin en la más elevada oración o encuentro con Dios.

Son numerosos los testimonios que nos lo aseguran. Su oración era continua, nos dicen, y en ella recibió grandes favores de Dios nuestro Señor y de su Santísima Madre. "Sobresalió en la oración y meditación, encontrándose como sumergida continuamente en ella". "Su oración era continua y fervorosa" dice un tercer testigo. Y un cuarto repite: "fue tan elevada su oración y tan grande su devoción, que el Señor le hizo muchos favores". - Lástima que no hayan quedado escritos -.

Se hizo oración, diríamos hoy. A imitación de su divino maestro crucificado inmoló también su cuerpo en una vida santa y austerísima dándose mucho a la oración, ayunos y penitencias, nos dicen sus biógrafos, para compadecer con Cristo por sus hermanos "supliendo en su carne lo que falta a la pasión de Cristo" (Col. 1, 24).

Estos ejercicios hacían levantar la llama de su amor y crecer en él santificándola más y más al consumirla de amor, viendo cómo el amor divino que ella conocía en la oración, tan amable, y tan digno de ser amado, era desconocido. La frialdad del hombre hacia su Dios impulsaba su entrega, su esfuerzo por evitar el pecado, la impulsaba a santificarse más.

¿Cómo ella que sentía devoradas sus entrañas por el celo divino ante el pecado del hombre y por eso intercedía por él, cómo iba a ofender a su Dios?

Ésta fue la aportación que la Iglesia y la sociedad esperaba de la vida de Santa Beatriz y ella supo dar a su tiempo, convencida de que si la vida consagrada se vive con fervor, la religiosidad del pueblo se acrecienta; y si languidece la vida consagrada languidece la fe del pueblo. Ésta es nuestra gran responsabilidad.

### **4º Silencio.**

Otro aspecto de su vida. Para conseguir tan alta oración y tan benéficos frutos, Santa Beatriz se sirvió también del silencio monástico como codiciada fuerza que la impulsaba a la plenitud de su contemplación, que en ella fue altísima, como reza la oración de su fiesta litúrgica, y a la deseada unión con su Dios.

Porque el silencio interior y exterior recoge fuerzas para cumplir las leyes del amor, genera fuerzas para amar, vigoriza el alma. Y lo vivió también como pedagogía de su crecimiento en las virtudes. Por ésta del silencio, en la que fue consumada, descubrimos las demás, ya que la maduración de una virtud supone el crecimiento de las otras.

Santa Beatriz fue monja, y lo que hizo fue dejarnos un ejemplo sobrecogedor de su vocación bien vivida, de qué es ser monja, persona de una sola dirección: la divina; cuyos labios sólo deben ocuparse de una palabra: Cristo, el Verbo de Dios. Bien se la puede llamar la Santa del silencio. El silencio, pues, para la oración.

### **5º Clausura.**

Y para el silencio, para la oración, y para la búsqueda de Dios, la clausura.

Nuestra Madre Santa Beatriz vivió esta norma canónica y ascética con profundo sentido. Fue una consecuencia espontánea y necesaria de su corazón vocacionado, de su carisma fundacional, como hemos visto ya, y ella misma lo pidió al Santo Padre consecuentemente para su Orden, como parte integrante de su carisma que habríamos de vivir las Concepcionistas.

El velo que cubrió su rostro desde su conversión total a Dios nos la explica. Ya lo hemos visto cuando hemos tratado sobre nuestra clausura. ¿No nos demuestra en ello el celo que

abrasaba su alma para conservar la intimidad con su Dios que vivía en la oración? Conservar este fervor, ese hálito de eternidad que deja Dios en el alma cuando se está con él y que hace más fecunda la oración y apostolicidad fue la virtud ascética preferida de Santa Beatriz. ¿No nos evoca lo mismo el velo que cubría el rostro de Moisés? ¡Sólo para Dios!

### **6° Obediencia.**

Y la obediencia. La virtud predilecta de la espiritualidad concepcionista porque es la virtud de la restauración del pecado original. Esta virtud la aprendió nuestra Madre Santa Beatriz directamente de María Inmaculada cuando la contempló en su prisión de Tordesillas: limpia de las salpicaduras de la desobediencia de Adán mediante la obediencia hasta la muerte de cruz del Hijo que sostenía en sus brazos.

En María vio que todo era armonía, orden, paz, dependencia de Dios, unión con Él, bondad. La violencia, la resistencia, la independencia de Dios, la ruptura, el mal, estaban ausentes de Ella. Obedeciendo pues, nuestra Madre Santa Beatriz llegó a alcanzar las cotas perdidas de la santidad original a que le daba paso su Redentor.

En cuantas obediencias Dios le pidió, nuestra Madre las asumió con amor, porque entendía que obedecer era vivir sintonizada con sus mismas raíces, que no eran otras que la voluntad creadora de Dios, única capaz de llevar su existencia creada a la perfección.

Veía con claridad que la libertad está en Dios y que a medida que iba redimiendo su voluntad inclinada al mal a fuerza de conformarla con la divina, obedeciendo, se iba haciendo libre, la iba depurando del mal y capacitándola para propagar el bien, ya que de una voluntad ya conformada con la divina no podía salir otra cosa que el bien.

Desde ella, en pleno dominio de sí como el obediente, no vaciló en su actuación, se entregó a la obediencia con plena libertad de corazón; obedeciendo a las superiores y prelados del Monasterio como la última de todas, nos dice el proceso, y esto, sin haber hecho el voto de obediencia.

### **7° Liturgia.**

Otro aspecto de su carisma fundacional.

De San Benito, patriarca de los monjes, aprendió en su Regla Santa Beatriz a traducir su vida en una alabanza continua, y a hacer de la Palabra de Dios pauta y norma para su conducta. Aspecto que Santa Beatriz satisfizo con gran fervor celebrando el culto con gran devoción. Dicen los testigos, "que ponía devoción en los que la veían", sobre todo en la Santa Misa, índice claro de que hizo de su vida un culto a Dios y de su culto un compromiso de vida, en lenguaje de la Iglesia del Vaticano II.

### **8° Lectio divina.**

Por ella entraba en trato de conocer a su Dios por su Palabra que es revelación de su Ser. El ejercicio de la lectio divina hecha con devoción y continuidad le facilitó la experiencia de su Dios, fue el modo para nuestra Madre de estrechar la intimidad con el Ser divino, todo amor para el hombre.

Así nutría su vida espiritual y su oración, y con esta impronta del monacato dejó marcada su Orden Concepcionista.

## 9º Amor fraterno.

Del contacto con Dios sacaba siempre Santa Beatriz, nuestra Madre, la caridad hacia los demás. Sabía, por la experiencia que tenía del amor de Dios, que la comunidad monástica es, ante todo, un receptáculo del amor divino vivido por todas para ser disfrutado en sus efectos por todas. Sabía que la monja comprometida en el amor fraterno tenía que seguir buscando a Dios en su vida amando a las hermanas día tras día, como sacramental de su presencia divina, interiorizando así los dos amores: el de Dios y el de la hermana. Sabía que la hermana que tenía a su lado la necesitaba para convivir, para amar, convivir en el amor de la enseñanza paulina que sabe perderlo todo por la hermana. Así lo demostró, dice el proceso de canonización, siendo tan amable para todas las que la trataban como si fuese madre de cada una. Consolando a las monjas en sus aflicciones, socorriéndolas en sus necesidades. Alargando la mano de su posibilidad con las enfermas y afligidas a quienes consolaba con grande afabilidad y agrado. Dando todo lo que le quedaba de su renta, -sacado su gasto muy ordinario y limitado-, en dar limosnas también a los pobres.

También su tiempo lo convertía en amor gastándolo en hacer toallas y otros lienzos para altares, y camisas y sábanas para repartir a los pobres.

Como veis, es una mujer completa, la mujer bíblica de Proverbios 31, 10 – 31). Supo amar a Dios y supo amar a los hermanos con obras; ella misma confeccionaba las prendas para repartir entre los pobres, ¡qué caridad!, ¡cómo sabía nuestra Madre Santa Beatriz que el amor a Dios y a los hermanos tienen una misma vena! "Y que quien dice que ama a Dios a quien no ve y no ama al hermano a quien ve es un mentiroso" (1 Jn. 4, 20).

Estas, y muchas más, - no se pueden enumerar - son las virtudes, las grandes virtudes de nuestra Madre que hemos de imitar. Estos son los fuertes pilares que mantendrán firme el edificio de la Orden de la Inmaculada Concepción.

Y, ¿qué decimos de su amor a la Virgen Inmaculada? Después de una treintena de años en el claustro, en los que, en su continua y no interrumpida oración se le había ido acrecentando la devoción a la Purísima Concepción, frisando ya los cincuenta de su edad y "preparada convenientemente por los ejercicios de piedad, dócil al superior impulso del Espíritu Santo (estoy leyendo la Bula de canonización), Santa Beatriz tomó la determinación de instituir la nueva familia monástica que estuviera consagrada a la Santísima Virgen Madre de Dios, concebida sin mancha de pecado y se honrara con este mismo título".

Este soberano privilegio de María, al cual había estado ligada su alma de forma singular desde su infancia, y que estaba siendo defendido con vivos clamores por el pueblo, conmovía su alma y conmovía también la conciencia de la cristiandad llamando a todos a un cambio de comportamiento.

Ella, en la larga contemplación de este misterio de María, de su santidad, veía el contraste de su mundo y la urgente necesidad que tenía de reformas y el medio eficaz para conseguirla. Para este fin había Dios permitido que ella hubiera experimentado tan fuertemente la convulsiva realidad del pecado en su carne, siendo víctima de pasiones incontroladas y costumbres depravadas. Por ello, convencida de que María en el misterio de su Pura Concepción podía ser el vehículo que Dios otorgaba a la humanidad para evadirse de tanta pecaminosidad, se decidió con fuerza a afrontar las dificultades y trabajos que llevaría la fundación de su Orden. Puso a contribución todo su ser, se entregó por el bien de la Iglesia y la humanidad.

Esta fue la contribución que Dios le pedía como fruto de su experiencia religiosa madurada en la virtud: la fundación de la Orden, para incrementar la santidad de la Iglesia y ayudar así a levantar la fe del pueblo. Y se la dio.

Dios había condensado en el alma de nuestra Madre Santa Beatriz la espiritualidad, la devoción, el entusiasmo concepcionista de tantos siglos de historia en los que el Espíritu Santo

había ido elaborando en el corazón del hombre para la Iglesia esta espiritualidad de cielo, que resonaba con acentos cada vez más diáfanos en las almas sensibles a la santidad. Lo había condensado y fue el modo del que se sirvió para conmocionar a la cristiandad en ese siglo XV tan turbulento, y volverlo a Dios.

Desde su celda monástica nuestra Madre Beatriz se había "consumido de celo en defensa del honor de su Madre Inmaculada" y había procurado su culto y veneración en los reinos de Portugal y de España, y María Inmaculada había correspondido a esta singular devoción de su sierva llevándola a la más encumbrada santidad y experiencia oracional mariana apareciéndosele diversas veces en la oración para prepararla adecuadamente a la gran obra.

De modo que la Santidad de Pablo VI pudo decir en su canonización: "en el nombre de María Inmaculada está encerrado el secreto de la experiencia espiritual y santidad de Santa Beatriz de Silva".

Por ello, para nosotras, lo fundamental es el espíritu mariano concepcionista, -esto en primera fila siempre-, vivir la espiritualidad de nuestra Madre como ella la vivió en el ejercicio de las virtudes más sobresalientes de su vida mariana con la audacia y entrega de ella.

Vivamos así, hermanas, en este ejercicio de virtudes que hemos tocado durante estos Ejercicios, que por eso son concepcionistas.

Vivamos del amor a nuestra Madre Inmaculada, que trataremos a la tarde, Dios mediante, para que nuestra Orden pueda ser en la Iglesia lo que Dios, la Santísima Virgen y nuestra Madre Santa Beatriz quisieron que fuese.

Hay además un detalle en su vida. Por eso también en nuestros Estatutos tenemos el celo apostólico, que es imposible tocar ahora. Apostolicidad, para las hermanas claustrales y apostolicidad también para las hermanas apostólicas, que deben beber su espíritu evangelizador y su estilo de vida empapado en la oración como Cristo. Se tienen que empapar primero en la oración para vivir el espíritu y el estilo de vida de Cristo, el amor al Padre en la fatiga por la salvación de los hermanos, en la renuncia a sí mismas para ser más de todos, en la entrega total a Cristo por el Reino de los cielos que supone la evangelización.

Ciertamente para hacerla en la línea de Cristo, hace falta una vida intensísima de oración, una vida intensísima de ascesis, de mortificación, para poder después soportar todo lo que proporciona una evangelización auténtica, buscando sólo a Dios, no buscándose a sí mismas para nada.

Y nosotras las claustrales, haciendo que nuestra oración, toda nuestra vida, sea empuje de santidad para la Iglesia, para que crezca el Cuerpo místico de Cristo en santidad y apostolicidad.

Pues pidamos estas gracias a nuestra Madre Inmaculada y a nuestra Madre Santa Beatriz. Que ella nos infunda su espíritu, esa experiencia que tuvo de María Inmaculada no sólo en el cofre, como dice la historia, sino durante toda su vida en la oración, esa vivencia que la hizo ser un reflejo vivo de María Inmaculada.

Que ellas nos ayuden a santificarnos y a prolongar en la Iglesia la misión que Dios confió a nuestra Madre.

Si en la época en que Santa Beatriz vivió fue necesaria una regeneración de la sociedad y del mundo, preguntémosnos: ¿No es necesaria hoy que se está descristianizando la humanidad? ¿no es necesaria?

No tenemos que achicarnos porque esté tan mal, tan de espaldas a Dios la sociedad, no, sino como nuestra Madre Fundadora, apoyándonos en Dios y en nuestra Madre Inmaculada, hagamos cuanto podamos. Vivamos santamente, sacrificadamente, para volver a Dios a la humanidad, para volverla al conocimiento y amor del Padre. Que así sea.

*Sra Mercedes de Guzmán*  
D. I. C.